



Una encíclica desde el corazón, sobre el Corazón

H. Francisco Javier Sáez de Maturana

Aunque muchos han meditado y reflexionado ampliamente con la encíclica *Dilexit nos* -DN-, ofrezco una lectura comentada, haciendo énfasis en aspectos que he considerado importantes.

Permítaseme comenzar con dos preciosas citas presentes en la encíclica, la primera es de Benedicto XVI y la segunda de santa teresa del Niño Jesús:

Desde el horizonte infinito de su amor, Dios quiso entrar en los límites de la historia y de la condición humana, tomó un cuerpo y un corazón, de modo que pudiéramos contemplar y encontrar lo infinito en lo finito, el Misterio invisible e inefable en el Corazón humano de Jesús, el Nazareno (DN 64).

A veces, cuando leo ciertos tratados espirituales en los que la perfección se presenta

rodeada de mil estorbos y mil trabas, y circundada de una multitud de ilusiones, mi pobre espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me quiebra la cabeza y me diseca el corazón y tomo en mis manos la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra abre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil: veo que basta con reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios (DN 141).

Abierto el apetito, seguimos adelante.

UN REGALO INESPERADO Y NECESARIO

Unos meses antes de abordar el tramo final de su vida, tras doce gozosos y esperanzados años de sorpresas evangélicas, gestos

proféticos y magisterio vibrante, el Papa Francisco entregó a la Iglesia y al mundo una carta encubada a fuego lento en el corazón: *Dilexit nos*, “Nos amó”. Es, a mi juicio, la encíclica más rumiada de las que ha escrito. Nos dice él mismo:

Lo expresado en este documento nos permite descubrir que lo escrito en las encíclicas sociales *Laudato si'* y *Fratelli tutti* no es ajeno a nuestro encuentro con el amor de Jesucristo, ya que bebiendo de ese amor nos volvemos capaces de tejer lazos fraternos, de reconocer la dignidad de cada ser humano y de cuidar juntos nuestra casa común (DN 217).

Dilexit nos es obra de alguien que ha estado muchas horas en el aula, con alumnos, y sabe de qué habla, y que ha hecho del discernimiento una tarea permanente en su vida. De ahí que el documento posea una estructura literaria singular y sugerente. Comienza y concluye con una interpelación directa al lector, hablándole en segunda persona, casi como si se tratara de una carta personal. En el núcleo del texto, sin embargo, el estilo cambia: brota una primera persona que invita a la reflexión y a la oración. Esa voz no es solo la del Papa, sino también la del lector, llamado a hacer suyo el mensaje, a rumiar desde lo más profundo de sí mismo, como quien entra en un espacio sagrado. Junto a este tono meditativo, encontramos también una catequesis sólida y serena sobre el Corazón de Jesús, expresión del amor humano y divino de nuestro Hermano y Salvador.

Esta encíclica puede ser acogida de distintas maneras: algunos la recorrerán como un itinerario de fe sin detenerse demasiado en la sección catequética, mientras que otros encontrarán en ella un manantial para alimentar encuentros comunitarios, grupos de oración o para un retiro espiritual. En todo caso, a mi juicio, ha sido pensada como una guía tanto para la lectura personal en clima de oración, como para ser compartida en fraternidad, en camino con otros.

¿POR QUÉ SU APARICIÓN?

¿Es posible encontrar en la encíclica una clave que justifique su aparición? Creo que sí. Y esa clave puede percibirse con claridad en este momento concreto de la historia de la Iglesia, especialmente complicado en todos los aspectos. Un signo luminoso lo hallamos en mismo texto:

Podría sostenerse que hoy, más que al jansenismo, nos enfrentamos a un fuerte avance de la secularización que pretende un mundo libre de Dios. A ello se suma que se multiplican en la sociedad diversas formas de religiosidad sin referencia a una relación personal con un Dios de amor, que son nuevas manifestaciones de una “espiritualidad sin carne”. Es verdad. Sin embargo, debo advertir que dentro de la misma Iglesia renació con nuevos rostros el dañino dualismo jansenista. Ha tomado renovada fuerza en las últimas décadas, pero es una manifestación de aquel gnosticismo que ya dañaba la espiritualidad en los primeros siglos de la fe cristiana, y que ignoraba la verdad de “la salvación de la carne”. Por esta razón vuelvo la mirada al Corazón de Cristo e invito a renovar su devoción. Espero que pueda ser atractiva también para la sensibilidad actual y de ese modo nos ayude a enfrentar estos viejos y nuevos dualismos a los cuales él ofrece una respuesta adecuada (DN 87).



En este numeral, el Papa expresa algunas de sus preocupaciones más hondas: el avance de un mundo que quiere prescindir de Dios, la proliferación de religiosidades desvinculadas de una relación personal con él, y el riesgo de reducir el cristianismo a un mensaje desencarnado. En medio de este panorama incierto, donde el cristianismo busca reubicarse y encontrar su lugar en el mundo contemporáneo, *Dilexit nos* ofrece una serie de pistas valiosas.

Francisco ha escrito la encíclica en español, su lengua materna. Los recuerdos personales se filtran en el texto, y que ningún elemento de la inteligencia artificial podrá

albergar: el tenedor sellar los bordes de esas empanadillas caseras, la calca de un dibujo al contraluz de una ventana, la pelota de trapo, el cuidado de los gusanillos en una caja de zapatos, la flor seca para saber la página en la que nos hemos quedado... todos esos detalles se guardan en el corazón.

DILEXIT NOS, “NOS AMÓ”

Cuando una mira esas dos palabras, sean en latín o en español, puede preguntarse: ¿Ese comienzo es solo un titular o una fórmula de impacto, tan común en la publicidad? Nada de eso. Las dos palabras pueden ser leídas en la carta de san Pablo a los Romanos: “En todo obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó” (Rm 8,37), refiriéndose a Jesucristo.

Este documento, publicado en la última semana de la segunda fase romana del Sínodo sobre la Sinodalidad -sin duda, la gran apuesta de Francisco para avanzar con la necesaria reforma de la Iglesia-, y a las puertas del Jubileo de la esperanza (2025), un escrito sobre el amor divino y humano del Corazón de Jesús, es la apertura íntima de un hombre de Dios, es la confidencia personal de un hombre eclesial hasta el fondo.

Es quizá una carta que no esperábamos, pero que necesitábamos. Necesitábamos que alguien, con autoridad moral y evangélica, nos dijera que estamos perdiendo la capacidad de compadecernos en las lágrimas de quien se le niega el derecho a existir, a causa de la guerra o de cualquier violencia.

Necesitábamos que alguien coherente y sabio nos dijera que nuestra inteligencia y nuestra voluntad deben moderarse por la fuerza del amor.

Necesitábamos que alguien que ama nos dijera que el amor es garante de la inteligencia, pero no sólo de una inteligencia emotiva, sino también práctica.



Necesitábamos que alguien de Iglesia nos dijera que la devoción al Sagrado Corazón, iniciada propiamente con las revelaciones a la monja salesa, de Paray-le-Monial, santa Margarita María de Alacoque, enraizada durante siglos en la piedad popular, que hasta hace unos decenios, ha permitido vincular a los cristianos con el Jesús de los evangelios,

un hombre querido, tierno y compasivo con los pequeños y firme con los prepotentes, al que se puede amar y rezar, que “sabe la bella ciencia de las caricias” (DN 36) -a pesar de que muchas veces ha tomado formas afectadas, en el mal sentido de la palabra, con imágenes de tipo quizá sensiblero-, tiene vigencia y un inmenso valor también en nuestro tiempo.

Necesitábamos *Dilexit nos* por muchísimas razones. Y aquí la tenemos.

¿UN TESTAMENTO MÍSTICO?

En sus encíclicas anteriores, marcadas por una profunda sensibilidad hacia los más pequeños y sufrientes, nadie podría acusar a Francisco de vivir un cristianismo etéreo o desconectado de la realidad concreta de los pobres y de los descartados. Muy por el contrario, ha cargado sobre sus hombros las heridas del mundo, incluso al precio de incomprendiones y críticas que, a veces, llegan a ser duras o injustas; la más benévola ha sido: “Es un comunista”.

Ahora, con esta nueva encíclica, su voz resuena como una invitación serena y firme: volver a centrar nuestra mirada en el amor del Señor, ese amor que puede iluminar el camino de una Iglesia que va dando palos de ciego, y que necesita renovarse desde las fuentes del Evangelio; ese amor que también puede tocar el corazón de un mundo que, quizás sin saberlo, ha perdido el corazón.

Francisco nos llama a vivir de otra manera: con el estilo evangélico que brota del

Corazón de Cristo. Una manera de ser que se expresa en las obras de misericordia, pero también en el cultivo de las virtudes que la tradición cristiana ha reconocido como camino de santidad: la humildad que no se impone, la comprensión que acoge, la delicadeza que no hiere, el perdón que sana, la misericordia que abraza las fragilidades de los demás.

Para A. Spadaro, jesuita, periodista y escritor, *Dilexit nos* “es una clave de lectura de todo el pontificado, porque es una clave de lectura de la personalidad espiritual de Francisco”. Y creo que se puede entender como un “testamento místico”. Nada que ver con un testamento jurídico, firmado ante un notario, o de un testamento a modo de despedida. Para dejar claro este aspecto no está de más recordar que el Papa Benedicto XVI escribió su testamento en 2006, apenas un año después de ser elegido como sucesor del apóstol Pedro.

Y san Juan Pablo II reescribió su testamento varias veces en el transcurso de su largo pontificado. Algo parecido ocurre en el ámbito civil. Un testamento, pues, como es sabido, se puede hacer mucho antes de la partida de este mundo. Así considero que se ha dado en el caso de Francisco: se trata de un testamento místico, visto como su legado espiritual, en el que se condensa la savia más profunda de su pontificado.

Por supuesto que la expresión “testamento místico” es una alegoría, y que sugiero emplear, además de lo dicho, por dos razones más: por un lado, por el tiempo transcurrido del actual pontificado; y por el otro lado, por el tema que trata, muy querido dentro de la espiritualidad de Francisco, según se desprende del documento, inspirado parcialmente en algunos textos inéditos en el jesuita ya fallecido Diego Fares (Cf. DN 2, nota 1), su “hijo espiritual”.

Francisco, que “se ha sentido un pecador salvado por el amor del Señor” -palabras suyas pronunciadas en 2013-, ha cimentado su ministerio sobre la misericordia, como queda claro en su lema *Miserando atque*

eligendo –“Lo miró con misericordia y lo eligió”-, sobre el discernimiento -clave en el carisma ignaciano-, sobre la opción por los pobres –evidente en sus gestos y su extraordinario magisterio social- y sobre la sinodalidad -plasmándolo, de manera particular, en el Sínodo de la sinodalidad, mostrando así su fuerte e incondicional compromiso con la eclesiología legada por el Concilio Vaticano II.

Sin embargo, *Dilexit nos* revela un quinto pilar, latente pero vital: la mística. Francisco usa este término, y sus variantes, 11 veces en la encíclica.

EN LA BASE DE TODO

Antes de abordar ese aspecto, es preciso poner nuestros ojos en la base de toda la encíclica, que no es otra sino estas dos palabras: “Nos amó”.

Esas palabras son como una sacudida, una invitación urgente y vibrante a volver al centro de nuestra humanidad, a lo esencial, a aquello sin lo cual todo lo demás pierde sabor, forma y sentido. Es una llamada a volver al núcleo de la fe, al corazón del kerigma cristiano, y a dejarnos de andar por las ramas. Es como si Francisco hubiera querido decirnos: “Dios es amor y solo amor. Su oficio es amar”. Leemos en DN:



el Corazón de Cristo, que simboliza su centro personal, desde donde brota su amor por nosotros, es el núcleo viviente del primer anuncio. Allí está el origen de nuestra fe, el manantial que mantiene vivas las convicciones cristianas” (DN 32).

El Corazón es símbolo, pero también es vida. En el Corazón de Jesús se nos muestra cómo ama Dios: con ternura, con compasión, con cercanía. ¡No tenemos otro modo de conocer cómo es el amor de Dios sino poniendo nuestros ojos en Jesús, Hijo y Hermano!

¡Atención! Jesús, Hijo y Hermano, Dios y hombre verdadero, nos ama con corazón humano, hay que insistir en ello, porque anda por ahí mucho “nestoriano” suelto. Pero,

¿qué es el nestorianismo? Es una teoría que proviene de Nestorio, obispo de Constantinopla desde el 428. Este hombre, preocupado por afirmar que Jesucristo era verdadero Dios y verdadero hombre, separó hasta tal punto esas dos realidades -divina y humana- que prácticamente estableció no dos naturalezas -divina y humana- sino dos personas y ambas separadas: el Verbo, Hijo de Dios y el hombre Jesús de Nazaret, hijo de María. De ese modo se cargaba el fundamento de la fe cristiana, que profesa que en Jesucristo están unidas las dos naturalezas en una sola persona.

Nestorio no podía aceptar que lo humano de Jesús - nacimiento de una mujer como todo humano, ignorancia en determinadas cosas, padecimiento en la cruz...- afectara a lo divino, por eso separa las dos naturalezas. No le cabía en la cabeza lo que esta historia narra. Un hombre descubre un día que está enfermo de cáncer. Un órgano de su cuerpo está enfermo. Su persona espiritual, su alma, no es evidentemente el sujeto del cáncer. Sin embargo, ¿quién dirá que, ante esta noticia, no es toda la persona concreta del enfermo la que está gravemente afectada, en su esperanza de vida, en su condición familiar, en su situación profesional? Una enfermedad de este tipo afecta y hace sufrir a la totalidad de la persona. Algo así es lo que los cristianos decimos de Jesucristo.

Al respecto, dice Francisco:

El Hijo eterno de Dios, que me trasciende sin límites, quiso amarme también con un corazón humano. Sus sentimientos humanos se vuelven sacramento de un amor infinito y definitivo. Su corazón no es entonces un símbolo físico que sólo expresa una realidad meramente espiritual o separada de la materia. La mirada dirigida al Corazón del Señor contempla una realidad física, su carne humana, que hace posible que Cristo tenga emociones y sentimientos bien

humanos, como nosotros, aunque plenamente transformados por su amor divino. La devoción debe llegar al amor infinito de la persona del Hijo de Dios, pero necesitamos expresar que es inseparable de su amor humano, y para ello nos ayuda la imagen de su corazón de carne (DN 60).

Este estilo de amor no está desfasado, sino todo lo contrario. Es el estilo de amor que necesita hoy el mundo, y es también lo que más falta hace en nuestras comunidades religiosas y educativas: la cordialidad que humaniza.

Y hace una llamada a volver al corazón -al nuestro- para poder volver al Corazón -el de Jesús-:

Para expresar el amor de Jesús se utiliza a menudo el símbolo del corazón. Algunos se preguntan si todavía hoy tiene sentido. Pero cuando tenemos la tentación de navegar por la superficie, de vivir con prisas

sin saber en el fondo por qué, de convertirnos en consumistas insaciables y esclavos de los engranajes de un mercado al que no le interesa el sentido de nuestra existencia, necesitamos recuperar la importancia del corazón” (DN 2).

Pues sólo el corazón hace posibles los vínculos auténticos. En ellos radica también la crisis de fe:

El anti-corazón es una sociedad cada vez más dominada por el narcisismo y la autorreferencialidad, al final llegamos a la “pérdida del deseo”, porque el otro desaparece del horizonte y nos encerramos en nosotros mismos. Como resultado, nos volvemos incapaces de aceptar a Dios (DN 17).

Una pregunta que me puedo hacer: Podemos hacer mucho, pero ¿qué nos mueve a hacerlo? ¿Ponemos corazón a cuanto hacemos o lo hacemos con poco corazón? Francisco señala que “el cómo hacemos las cosas es más importante que lo que hacemos”.



Hacer sí, pero la manera servicial y amorosa, que es lo que marca la diferencia: “Sin mí no pueden hacer nada”, dice Jesús.

Además, a nosotros, que nos gusta ponderar lo mucho que hacemos, lo buenos que somos, lo abnegados que aparecemos -y lo tristes que nos ponemos cuando no nos lo reconocen-, nos desbarata, y nos dice la gran verdad del cristianismo: “Miren a Jesús, Hijo y Hermano, saboreen el Evangelio, y sigan las huellas de ese Corazón que palpita en sus páginas, y verán que él nos amó primero”. ¿Cómo nos amó?:

no quiso explicarnos demasiado. Lo mostró en sus gestos. Viéndolo actuar podemos descubrir cómo nos trata a cada uno de nosotros, aunque nos cueste percibirlo. Vayamos entonces a mirar allí donde nuestra fe puede llegar a reconocerle: en el Evangelio (DN 33).

Por tanto, no es que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó antes de nada. Amó a cada uno personalmente, Gratuitamente. De manera incondicional.

No, no hay que hacer méritos: Nos ha amado y nos ama en absoluta gratuidad a todos, a todos, a todos...más allá de nuestros pecados y acciones maravillosas.

¡Esto de creer en el Dios verdadero es desconcertante!

Francisco quiere recordarnos algo que nunca deberíamos olvidar: que Dios nos espera sin exigir nada a cambio. Que su amor no se negocia ni se compra, sino que se regala. Y que cuando olvidamos esto, incluso nuestro cumplimiento de los horarios, nuestra llamada “perseverancia” en la vida consagrada o en cualquier estado de vida, nuestras obras apostólicas, nuestras mejores campañas solidarias, pierden algo esencial: el rostro del Amor que las inspira.

Me puedo preguntar: *¿Cómo vivo yo la certeza de que Dios me ama sin condiciones? ¿Soy consciente de que a los demás los ama Dios igualmente, y a cada uno según su necesidad?*

¿QUÉ ES ESO DE LA EXPERIENCIA MÍSTICA?

Ahora sí, vamos con la “mística”. Encontrarse con la palabra “mística” y torcer la nariz es para algunos un gesto automático. Muchos entienden la “mística” como signo de una espiritualidad etérea, y a otros les ocurre como a los griegos en el Areópago de Atenas, que al escuchar a san Pablo hablar de la “resurrección”, se echaron a reír, unos, y otros le dijeron: “te escucharemos otra vez acerca de esto” (Hechos 17,32).

En unos y otros, se ve un larvado desprecio por el tema. ¿Por qué el desprecio? Para responder a la pregunta no encuentro mejores palabras que aquellas del poeta Antonio Machado: “Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora”. “Despreciar cuanto se ignora”, es una realidad demasiado frecuente, y abundantísimo en círculos de la Iglesia.

Pero no, la “mística” no va por donde más de uno piensa. La “mística” es una experiencia radical de Dios, que abraza la historia, el cuerpo y el alma de la persona que la vive.

Y, ¿qué se entiende por “experiencia”? Es difícil definir el término “experiencia” en el plano humano, y más en el espiritual, pero me aventuro a dar una definición aproximada o, al menos, una descripción de la misma. La “experiencia” es un conocimiento obtenido por medio de una relación vivida con algo o con alguien; esta relación se da en la vida misma, y deja una huella indeleble en la propia vida persona. Digo “indeleble”, por tanto, no tiene nada que ver con la “casi experiencia religiosa” del cantante Enrique Iglesias.

Y ¿qué es la experiencia de Dios? La experiencia de Dios es ese conocimiento que se adquiere de él, no tanto fruto de la reflexión o del estudio a partir de lo que otros han dicho, sino de percibirlo al encontrarse con él, al entrar en relación con él en la vida, pues es en ella donde Dios se manifiesta, y no en las nubes.



San Pablo

¿Es fácil el encuentro con Dios? Si yo no me encuentro con Dios no es porque él se oculte, sino porque yo no me pongo “a tiro” de la gracia; si no transito por sus mismos caminos el encuentro no se puede dar. No es posible el encuentro con Dios si estoy tan “lleno” de mí que no hay espacio, en el disco duro de mi corazón -“allí donde los seres concretos tienen la fuente y la raíz de todas sus demás potencias, convicciones, pasiones, elecciones” (DN 9), para él.

Y esa relación o encuentro deja una huella que marca un antes y un después en la vida, llegando a ser determinante y decisiva. Habiéndose dado esa experiencia, la mística es más fácil. No hay fe, no hay contacto con el Misterio, sin experiencia de Dios, pero tampoco habrá experiencia sin fe.

Dice san Juan de la Cruz algo muy clarificador:

el alma no se une con Dios en esta vida por el entender, ni por el gozar, ni por el imaginar, ni por otro cualquier sentido, sino sólo por la fe según el entendimiento, y por esperanza según la memoria, y por amor según la voluntad.

¿A QUÉ LLEVA ESA EXPERIENCIA?

La experiencia mística lleva, como decía santa Teresa de Jesús, no a grandes arrobamientos sino a algo muy sencillo: a ver a Dios en lo cotidiano y simple, pues “entre los pucheros anda el Señor”. Y ese es el secreto de los místicos de todos los tiempos: que saben ver a Dios en todo.

El teólogo jesuita Karl Rahner, escribía una sentencia muchas veces citada: “El cristiano del futuro o será un ‘místico’, es decir, una persona que ha ‘experimentado’ algo, o no será cristiano”. Para Rahner, “místico”, en total sintonía con lo que venimos viendo, es, simplemente “una persona que ha experimentado algo”. Quien va atolondrado por la vida, no experimenta nada. Hay personas - más de un cristiano católico- que se jactan de no haber experimentado nada de nada, y se ríen, y les va muy bien... y siguen en los suyos porque siempre hay alguien que les jalea y les aplaude.

MÚLTIPLES EXPERIENCIAS MÍSTICAS

Ahora bien, así como cada uno es cada uno y tiene sus “cadaunadas”, la experiencia mística no es lineal e igual para todos. Puede alcanzar grados muy diferentes de intensidad. Ya santa Teresa de Jesús advertía que en eso de la unión con Dios “hay más y menos”.



Existen, desde luego, las experienciasumbre de genios como Hildegarda de Bingen, Teresa de Jesús o Juan de la Cruz; existe la experiencia de Margarita María de Alacoque; y también existe lo que podríamos llamar una “mística de baja intensidad”; es decir, la de gente común, que en lo cotidiano entra en contacto personal con Dios. Mi madre, o mi abuela, no teorizaron sobre todo esto, como lo estamos haciendo nosotros, pero sé que llevaban a Dios en las entrañas, y se les notaba al cocinar, al barrer y al mirar...y jamás les oí decir un chisme o hablar mal de nadie, ¡jamás! ¿Verdad que conocemos a más una persona, que es “mística”? Demos gracias a Dios por ellas, porque la vida es mejor con su presencia.

Estas son personas que, a partir de un momento determinado, pueden decir a quienes viven con ellos, a sus alumnos en la escuela, a sus colegas en el trabajo..., lo mismo que dijeron los vecinos de Sicar a la mujer samaritana que les llevó noticias de Jesús: “Ya no creemos en él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4,42).

El Papa Francisco ha vivido envuelto en una profunda espiritualidad, puesta de manifiesto en sus palabras y en su vida cotidiana, que ha hecho y hace mucho bien.

LA MÍSTICA COMO CLAVE DEL CORAZÓN

A mi juicio la “mística de Francisco” está muy viva en esta carta. Y la palabra “mística”, tantas veces mal comprendida o restringida, aparece con fuerza en ella. Francisco la invoca no para hablar de privilegios espirituales, sino como alma viva de la fe cristiana.

Por ejemplo, a propósito de la verdadera reparación al Corazón de Cristo, Francisco habla de la reparación como un construir sobre las ruinas. Y es que si la vida del corazón orgánico está posibilitada por un tejido muscular que le permite la contracción continua e involuntaria de bombear sangre a todo el cuerpo -miocardio-, la sanación del corazón del amor debe pasar por la regeneración del tejido social roto por el odio y la violencia. Leemos:

San Juan Pablo II explicó que, entregándonos junto al Corazón de Cristo, sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo; esto ciertamente implica que seamos capaces de unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo”; pues bien, esta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador. Junto con Cristo, sobre las ruinas que nosotros dejamos en este mundo con nuestro pecado, se nos llama a construir una nueva civilización del amor. Eso es reparar como lo espera de nosotros el Corazón de Cristo. En medio del desastre que ha dejado el mal, el Corazón de Cristo ha querido necesitar nuestra colaboración para reconstruir el bien y la belleza (DN 182).

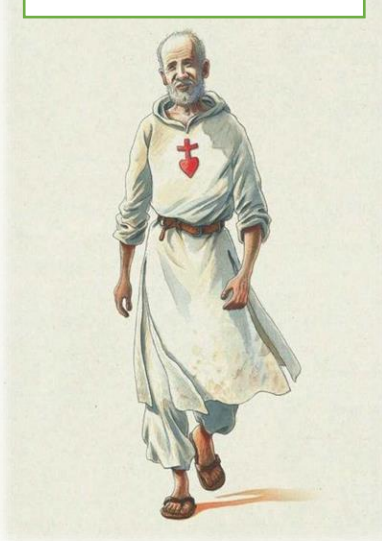
Además, la reparación evangélica, sigue diciendo Francisco

posee este fuerte sentido social, nuestros actos de amor, de servicio, de reconciliación, para que sean eficazmente reparadores, requieren que Cristo los impulse, los motive, los haga posibles. Decía también san Juan Pablo II que “para construir la civilización del amor” la humanidad actual tiene necesidad del Corazón de Cristo. La reparación cristiana no se puede entender sólo como un conjunto de obras externas, que son indispensables y a veces admirables. Esta exige una mística, un alma, un sentido que le otorgue fuerza, empuje, creatividad incansable. Necesita la vida, el fuego y la luz que proceden del Corazón de Cristo (DN 184).

La mística que brota de todo ellos es una mística que no se refugia en el aislamiento -muchas veces enfermizo, para esconderse de los demás-, sino que se convierte en fraternidad encarnada, como la de Carlos de Foucauld, quien, al dejarse modelar por el Corazón de Cristo, se convirtió en “hermano universal”.

Esta vinculación entre la mística y la fraternidad social que plantea en *Fratelli Tutti*, hablando de “fraternidad y mística”, es magistral (los entrecomillados son palabras textuales del santo hermano):

San Carlos de Foucauld



San Carlos de Foucauld quería imitar a Jesucristo, vivir como él, actuar como él actuaba, hacer siempre lo que Jesús habría hecho en su lugar. Para que este objetivo se cumpliera en plenitud, necesitaba conformarse con los sentimientos del Corazón de Cristo. Así aparecía una vez más la expresión “amor por amor”, cuando decía: “Deseo de sufrimientos, para devolverle amor por amor, para imitarle, [...] para compartir su obra, ofrecermela a Él todo, la nada que yo soy, en sacrificio, en víctima, por la

santificación de los hombres”. El deseo de llevar el amor de Jesús, su tarea misionera entre los más pobres y olvidados de la tierra, le llevó a tomar por divisa *Iesus Caritas*, con el símbolo del Corazón de Cristo con

una cruz clavada. No era una decisión superficial: “Con todas mis fuerzas trato de mostrar y de probar a estos pobres hermanos extraviados que nuestra religión es toda caridad, toda fraternidad, que su emblema es un corazón”. Y él quería establecerse con otros hermanos “en Marruecos en el nombre del corazón de Jesús”. De este modo, su tarea evangelizadora sería una irradiación: “La caridad ha de irradiar de las fraternidades, como irradia del corazón de Jesús”.

Este deseo lo convirtió poco a poco en un hermano universal, porque, dejándose modelar por el Corazón de Cristo, quería albergar a la totalidad de la humanidad doliente en su corazón fraterno: “Nuestro corazón, como el de la Iglesia, como el de Jesús, ha de abrazar a todos los hombres”. “El amor del corazón de Jesús para con los hombres, el amor que muestra en su pasión, ése es el que nosotros hemos de tener para con todos los humanos” (DN 179).

En las cartas apostólicas dedicadas a los “cumpleaños” de Blaise Pascal y de la carmelita descalza de Lisieux, Francisco alude a la mística vivida por estos testigos.

La mística de santa Teresa de Lisieux, doctora del “*ciencia del amor*”, según el Papa, desmonta visiones elitistas y pelagianas de la santidad, recordándonos aquellas palabras que repetía “todo es gracia” para expresar su abandono en los brazos de la misericordia divina. Sobre la joven religiosa, expresa Francisco:

Frente a una idea pelagiana de santidad, individualista y elitista, más ascética que mística, que pone el énfasis principal en el esfuerzo humano, Teresita subraya siempre la primacía de la acción de Dios, de su gracia (Carta apostólica *C’ est la confiance* 17).

Sobre el primero, Blaise Pascal, evocando su “noche de fuego” del 23 de noviembre de 1654, dice Francisco:

esta experiencia mística, que le hizo derramar lágrimas de alegría, fue para él tan intensa y decisiva que la anotó en un pedazo de papel fechado con precisión, el *Memo-rial*, que había cosido en el forro de su abrigo, y que fue descubierto después de su muerte (Carta apostólica *Sublimitas et miseria hominis*).

Es igualmente la mística de san Juan de la Cruz, quien

ha querido expresar que en la experiencia mística el amor inconmensurable de Cristo resucitado no se siente como ajeno a nuestra vida. El Infinito de algún modo se abaja para que a través del Corazón abierto de Cristo podamos vivir un encuentro de amor verdaderamente mutuo: “cosa creíble es que el ave de bajo vuelo prenda al águila real muy subida, si ella se viene a lo bajo, queriendo ser presa”. Y explica que “viendo a la esposa herida de su amor, él también al gemido de ella viene herido del amor de ella; porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos y un mismo sentimiento tienen los dos”. Este místico entiende la figura del costado herido de Cristo como un llamado a la unión plena con el Señor. Él es el ciervo vulnerado, herido cuando todavía no nos hemos dejado alcanzar por su amor, que baja a las corrientes de aguas para saciar su propia sed y encuentra consuelo cada vez que nos volvemos a él:

“Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco
toma”. (DN 69).

San Juan de la Cruz



Santa Teresa del Niño Jesús



LA MÍSTICA DE VIVIR JUNTOS

Este horizonte no es nuevo en Francisco. Como contraposición a la mística del aislamiento Francisco propone “descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos”. Se trata de un

camino sanador, pues, como dice en *Evangeli Gaudium*,

salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos (EG 87).

En la mística de la fraternidad Dios está más presente que nunca:

se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad (EG 91).

La relación auténtica y sana promueve “una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano”, y “buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno” (EG 92).

En conclusión, el criterio de discernimiento de una espiritualidad auténtica no es su sacralidad -el llenarse la boca de palabras de los salmos y peticiones, puede ser un engaño; y el exceso de incienso, atonta-, sino su “corporeidad”, el cuerpo, el rostro del otro, sus brazos, su presencia física, su sufrimiento y sus demandas. Se trata, para decirlo con palabras de San Buenaventura, de “encontrar a Dios en todas las cosas” (*Laudato si'* 233). En *Gaudete et Exsultate*, hablaba de una “mística luminosa” que evita reducir la fe a una ONG o a una moral sin alma.

Que quede, pues, claro: Lo místico no es lo extraño o imposible por elevado, sino lo profundamente humano y divino al mismo tiempo. Es la manera en que el Espíritu forma amorosamente el corazón creyente, y lo vuelve pacientemente capaz de contemplar.

El Papa Francisco lo ha dejado clarísimo a lo largo de su ministerio, aunque algunos hayan visto algo diferente.

La tríada mística-comunidad-servicio, que propone Francisco, vivida a fondo, inmuniza al pueblo de Dios -y a comunidad cristiana o la comunidad de consagrados- de cualquier ideología, sea el rigorismo conservador o sea el “hacer lo que me da la gana”, porque me dejan hacerlo sin problema alguno, sin tener en cuenta el daño que eso provoca.

UN CORAZÓN QUE LATE CON EL MUNDO

Junto con la cuestión de la mística, Francisco, en *Dilexit nos*, hace un acercamiento antropológico y filosófico a la realidad de la importancia del corazón.

Señala el Papa:

Se podría decir que, en último término, yo soy mi corazón, porque es lo que me distingue, me configura en mi identidad espiritual y me pone en comunión con las demás personas. El algoritmo en acto en el mundo digital muestra que nuestros pensamientos y lo que decide la voluntad son mucho más “estándar” de lo que creíamos. Son fácilmente predecibles y manipulables. No así el corazón (DN 14).



Y continúa afirmando que, puesto que “la palabra ‘corazón’ no puede ser agotada por la biología, por la psicología, por la antropología o por cualquier ciencia” (DN 15).

No dejan de ser significativas, en tal sentido, las referencias a la *Ilíada* de Homero (DN 3), o las dos referencias expresas a Martin Heidegger (DN 16 y 18). Francisco no teme echar mano de múltiples

autores, algunos no cristianos para hablar del corazón. Una lección a los que dicen que el Papa argentino ha secularizado en extremo el mensaje cristiano y que ha perdido

rigor la doctrina con adherencias profanas. Convendría que esos críticos se enteraran de que el cristianismo nació secular, y que es la religión que más se ha inculturado en los ámbitos en los que le ha tocado vivir. Como muestra un botón: ¿No son las vestimentas de los que ejercen el ministerio sacerdotal herencia del mundo romano o medieval? Sigamos.

Es el Papa Bergoglio un hombre de una cultura multidisciplinar, y se le nota, sin que haga alarde de ello, ni mucho menos. Claro está que quien no lee no puede aceptarlo.

Francisco conoce las Escrituras, la Tradición y el Magisterio, y la encíclica encuentra en los tres su fundamento. Pero además es recurrente la apelación a las mujeres y los hombres de fe que “encarnaron” la devoción al corazón “traspasado y ardiente” de Jesucristo, “del que nació la Iglesia” (DN 51 y 75).

Para Francisco, “la devoción al Corazón de Cristo no es el culto a un órgano separado de la persona de Jesús”. “Lo que contemplamos y adoramos es a Jesucristo entero, el Hijo de Dios hecho hombre, representado en una imagen suya donde está destacado su corazón” (DN 48), asevera. A la par, explica que “la imagen de Cristo con su corazón, aunque de ninguna manera es objeto de adoración, no es una entre tantas otras que podríamos elegir” (DN 52).

Invito a leer estos numerales de DN -sin añadir comentarios por mi parte-, pues nos aportarán luces, y pueden dar lugar a la reflexión en comunidad, en lo referente a las imágenes del Sagrado Corazón y su significado hoy. Todo ello sin olvidar que sobre “gustos”-también artísticos y espirituales-, no hay nada escrito. No obstante, me permito sugerir una recomendación que me hizo un anciano misionero en mi tiempo de servicio en la selva del Perú: “Que no se imponga imagen alguna en espacios comunes, sin el consenso de toda la comunidad”. ¿Por qué? “Porque si no ayuda a la vivencia de la

fe, no se debe colocar, aunque a mí me parezca muy oportuno y bonito”. Sabiduría de la buena. Leamos:

La imagen del Corazón debe referirnos a la totalidad de Jesucristo en su centro unificador y, simultáneamente, desde ese centro unificador debe orientarnos a contemplar a Cristo en toda la hermosura y riqueza de su humanidad y de su divinidad.

Esto va más allá del atractivo que puedan tener las diversas imágenes que se han hecho del Corazón de Cristo, porque no es que ante las imágenes de Cristo “haya que pedirles algo a ellas, o que haya que poner la confianza en las imágenes, como antiguamente hacían los paganos”, sino que “por medio de las imágenes que besamos y ante las cuales descubrimos nuestra cabeza y nos prosternamos, adoramos a Cristo”.



Es más, alguna de esas imágenes podrá parecernos poco atractiva y no movernos demasiado al amor y a la oración. Eso es secundario, ya que la imagen no es más que una figura motivadora, y, como dirían los orientales, no hay que quedarse en el dedo que indica la luna. Mientras la Eucaristía es presencia real que se adora, en este caso se trata sólo de una imagen que, aunque esté bendecida, nos invita a ir más allá de ella, nos orienta a elevar nuestro propio corazón al de Cristo vivo y unirlo a él. La imagen venerada convoca, señala, trans-

porta, para que dediquemos un tiempo al encuentro con Cristo y a su adoración, como nos parezca mejor imaginarlo. De este modo, mirando la imagen nos situamos frente a Cristo, y ante él “el amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio”.

Dicho todo esto, no hay que olvidar que esa imagen del corazón nos habla de carne humana, de tierra, y por eso también nos habla de Dios que ha querido entrar en nuestra condición histórica, hacerse historia y compartir nuestro camino terreno. Una forma de devoción más abstracta o

estilizada no será necesariamente más fiel al Evangelio, porque en este signo sensible y accesible se manifiesta el modo como Dios ha querido revelarse y volverse cercano (DN 55-58).

¿Van siempre unidos amor y corazón? El Papa responde:

Amor y corazón no están necesariamente unidos, porque en un corazón humano pueden reinar el odio, la indiferencia, el egoísmo. Pero no alcanzamos nuestra humanidad plena si no salimos de nosotros mismos, y no llegamos a ser enteramente nosotros mismos si no amamos. De manera que el centro íntimo de nuestra persona, creado para el amor, sólo realizará el proyecto de Dios cuando ame. Así, el símbolo del corazón al mismo tiempo simboliza el amor (DN 59).



NO ES UNA DEVOCIÓN DEL PASADO

Francisco nos enseña que el Corazón de Jesús no es una imagen devocional del pasado. Es un fuego que sigue ardiendo, una herida abierta que comunica vida. Por eso, con palabras que emergen desde su misma experiencia vital -ya mencionada al comienzo de estas páginas-, y que no tienen pérdida, afirma lo siguiente:

En el tiempo de la inteligencia artificial no podemos olvidar que para salvar lo humano hacen falta la poesía y el amor. Lo que ningún algoritmo podrá albergar será, por ejemplo, ese momento de la infancia que se recuerda con ternura y que, aunque pasen los años, sigue ocurriendo en cada

rincón del planeta. Pienso en el uso del tenedor para sellar los bordes de esas empanadillas caseras que hacemos con nuestras madres o abuelas. Es ese momento de aprendiz de cocinero, a medio camino entre el juego y la adultez, donde se asume la responsabilidad del trabajo para ayudar al otro. Al igual que el tenedor podría nombrar miles de pequeños detalles que sustentan las biografías de todos: hacer brotar sonrisas con una broma, calcar un dibujo al contraluz de una ventana, jugar el primer partido de fútbol con una pelota de trapo, cuidar gusanillos en una caja de zapatos, secar una flor entre las páginas de un libro, cuidar un pajarillo que se ha caído del nido, pedir un deseo al deshojar una margarita. Todos esos pequeños detalles, lo ordinario-extraordinario, nunca podrán estar entre los algoritmos. Porque el tenedor, las bromas, la ventana, la pelota, la caja de zapatos, el libro, el pajarillo, la flor... se sustentan en la ternura que se guarda en los recuerdos del corazón (DN 20).

Una lección para los que piensan que en el avance frío de la inteligencia artificial y de la tecnocracia sin alma está la salvación: “para salvar lo humano hacen falta la poesía y el amor”.

La encíclica toca una de sus notas más hondas: la necesidad de sanar nuestra visión de Dios. No es el Dios lejano del jansenismo, ni el ídolo del rigorismo. Tampoco es el “dios” del secularismo que elimina el misterio.

A ello, añade Francisco el peligro de una “espiritualidad sin carne”:

A ello se suma que se multiplican en la sociedad diversas formas de religiosidad sin referencia a una relación personal con un Dios de amor, que son nuevas manifestaciones de una “espiritualidad sin carne”. Es verdad. Sin embargo, debo advertir que dentro de la misma Iglesia renació con nuevos rostros el dañino dualismo jansenista. Ha tomado renovada fuerza en las últimas décadas, pero es una manifestación de aquel gnosticismo que ya dañaba la espiritualidad en los primeros siglos de la fe cristiana, y que ignoraba la verdad de “la salvación de la carne” (DN 87).

Ante eso, el Papa señala:

Por esta razón vuelvo la mirada al Corazón de Cristo e invito a renovar su devoción. Espero que pueda ser atractiva también para la sensibilidad actual y de ese modo nos ayude a enfrentar estos viejos y nuevos dualismos a los cuales él ofrece una respuesta adecuada (DN 87).

El Dios de Jesús no es etéreo, sino un Corazón traspasado, abierto, que sigue dando de beber a la humanidad desde su costado. Esto tiene implicancias concretas: no sólo para la piedad personal, sino para la vida de la Iglesia y para el mundo. Porque el Corazón de Jesús no es un refugio intimista, sino una fuerza transformadora. Como afirma Francisco: “Jesús es capaz de darle corazón a esta tierra... sólo su amor hará posible una humanidad nueva” (DN 218-219).



Santa Margarita María de Alacoque

CONCLUSIÓN:

ENAMORAR AL MUNDO DESDE EL CORAZÓN DE JESÚS

El mundo tiene sed de amor verdadero. Y la Iglesia, peregrina entre dolores y esperanzas, recibe de nuevo una invitación luminosa: mirar al Corazón de Jesús. Así lo hace el Papa Francisco en *Dilexit nos*, carta salida de la pluma de un corazón enamorado del Corazón herido de Cristo.

Apunto en esta conclusión, algunos aspectos que considero importantes para una mejor vivencia de esta devoción.

● Reparar: liberar el paso al Amor

La reparación —tan central en la espiritualidad del Corazón de Jesús, y de la que hemos abordado algún aspecto— es purificada por Francisco desde una perspectiva profundamente evangélica y afectiva. No se trata de pagar una deuda, ni de sufrir corporalmente para equilibrar balanzas divinas. Se trata, más bien, de abrir las compuertas del amor.

Reparar al Corazón de Jesús no es vivir como “pararrayos” de un rencor justiciero de Dios, como si alguna deuda hubiera quedado y que el amor de Jesús en la cruz no hubiera pagado. Santa Teresa del Niño Jesús pensó que era así, pero después se dio cuenta que estaba equivocada. Veamos:

Para reflexionar mejor sobre este misterio, nos ayuda nuevamente la luminosa espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús. Ella sabía que algunas personas habían desarrollado una forma extrema de reparación, con la buena voluntad de entregarse por los demás, que consistía en ofrecerse como una especie de “pararrayos” de manera que la justicia divina se realizara: “Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios para desviar y atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables”. Pero, por más admirable que esa ofrenda pudiera parecer, a ella no le convenía demasiado: “Yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla”. Esta insistencia en la justicia divina finalmente inducía a pensar que el sacrificio de Cristo era incompleto o parcialmente eficaz, o que su misericordia no era suficientemente intensa (DN 195).

Con su intuición espiritual santa Teresa del Niño Jesús descubrió que hay otra forma de ofrendarse a sí mismo, donde no hay necesidad de saciar la justicia divina sino de permitir al amor infinito del Señor difundirse sin obstáculos: “¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti”. (DN 196).

Reparar es vivir según la justicia de Dios - voluntad de Dios-, una justicia que se comprende sólo desde el amor (DN 197). Actuar en la justicia es, para Francisco, curar las heridas de la Iglesia y del mundo. Es pedir perdón (DN 187); es comprometerse a no usurpar el poder de Dios (DN 192); y a no vivir desde el rencor del ego herido (DN 202). El camino es el abajamiento. ¡Qué difícil! Es más fácil comer buen pescado los viernes - abstinencia reparadora- que “renunciar a sí mismo”.

El Papa, haciendo eco de santa Margarita María de Alacoque, nos recuerda que Dios ha querido, en su libertad amorosa, necesitar de nosotros. Entonces, reparar es quitar los obstáculos que impiden al amor de Cristo fluir: nuestra falta de confianza, de gratitud, de entrega.

¿No es acaso esta una de las tareas más urgentes de nuestro tiempo? Limpiar el cauce del alma para que vuelva a correr el río del amor. Dejar que el Corazón de Cristo ame en nosotros, sane en nosotros, abrace a través de nosotros.

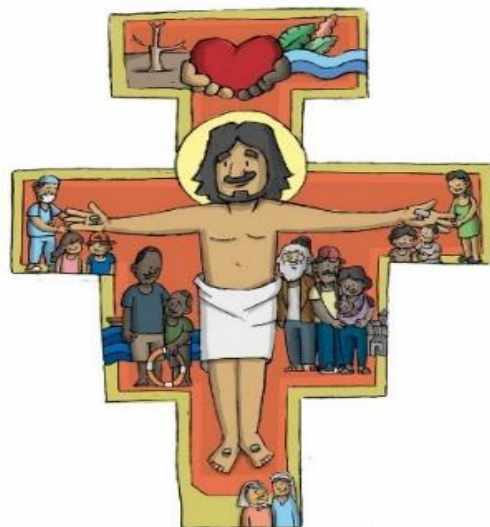
☞ *¿Qué resistencias llevo en mi corazón que impiden que el amor de Jesús se expanda en mi vida y en el mundo?*

● Lo social, lo espiritual y el Corazón que une

Francisco no separa la vida espiritual del compromiso por **la justicia y la fraternidad**. En realidad, nos muestra que ambas cosas beben de la misma fuente: el amor de Cristo. Así, lo expresado en *Laudato Si'* y *Fratelli Tutti* no es ajeno a la devoción al Sagrado Corazón, sino que nace del mismo manantial.

El Papa nos recuerda que desde el Corazón de Jesús brota la energía para **tejer lazos, cuidar la casa común, mirar con dignidad a cada ser humano**. Por eso, ni es fiel quien reduce la fe a lo social sin espiritualidad, ni lo es quien se refugia en una devoción deshistorizada, intimista y desencarnada. El amor de Cristo es concreto, tiene historia, tiene pueblo, tiene heridas, y quiere seguir transformando la vida real... ¡y nos urge!, dirá san Pablo, en la vida.

☞ *¿Me dejo amar por Cristo de tal manera que ese amor me impulsa a cuidar, a construir, a sanar?*



● El Corazón que reinventa el amor

Hay lugares donde parece que la capacidad de amar ha muerto. Hay historias rotas, comunidades cadavéricas, corazones endurecidos. Pero Francisco nos dice que **Jesús es capaz de darle corazón a esta tierra, a esta comunidad, a esta persona**. El amor que brota de su costado no se ha agotado. Es un río que fluye siempre, y que está disponible para quien quiera amar.

La Iglesia misma, tantas veces tentada de sustituir el amor por estructuras o normas vacías, necesita volver a la fuente. El Corazón de Jesús es **la garantía de que el Evangelio no es una idea, sino una experiencia viva de ternura y renovación**.

☞ *¿Dónde siento que el amor se ha apagado? ¿Puedo creer que Cristo puede reinventar el amor allí?*

● Una oración sencilla: “En Ti confío”

En medio de esta rica encíclica, Francisco nos regala una oración súper conocida y recitada miles de veces, una oración que lo dice todo, “la oración más popular, dirigida como un dardo al Corazón de Cristo, dice simplemente: **“En Ti confío”**. No hacen falta más palabras” (DN 90). ¿Por qué no hacen

falta más fórmulas o palabras? Porque cuando nos abandonamos en el Corazón de Jesús, cuando nos dejamos amar, entonces se despierta en nosotros una nueva capacidad de entrega y de comunión.

Ahí está la clave de la sinceridad o no de nuestra devoción al Sagrado Corazón de Jesús: **entrega servicial y comunión** con palabras y hechos. Lo demás es verborrea barata.

¿Por qué rezar esta breve oración? Porque la confianza nos hace necesitados y humildes. La confianza nos hace comunidad, nos hace Iglesia. La confianza nos lanza a la misión.

✞ *¿Qué me impide confiar más profundamente en el amor de Jesús? ¿Qué pasaría si hoy repitiera simplemente: “En Ti confío”?*



● Una espiritualidad trinitaria, eclesial y misionera

Francisco nos invita a contemplar el Corazón de Jesús **desde la danza trinitaria**, en unión con el Inmaculado Corazón de María. Lee-
mos:

En el seno de la Iglesia, la mediación de María, intercesora y madre, sólo se entiende como una participación de esta única fuente que es la mediación de Cristo mismo, el único Redentor, y la Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María. La devoción al corazón de María no pretende debilitar la única adoración debida al Corazón de Cristo, sino estimularla: La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder. Gracias al inmenso manantial que mana del costado abierto de Cristo, la

Iglesia, María y todos los creyentes, de diferentes maneras, se convierten en canales de agua viva. Así Cristo mismo despliega su gloria en nuestra pequeñez (DN 176).

Es el Espíritu quien nos impulsa a vivir “con él y en él”, y a caminar hacia el Padre. En esta corriente de amor, **el mundo puede volver a encontrar su centro**: el Corazón de Cristo:

para comprender esta devoción en toda su riqueza, es necesario agregar, retomando lo que hemos dicho sobre su dimensión trinitaria, que la reparación de Cristo como ser humano se ofrece al Padre por obra del Espíritu Santo en nosotros. Por lo tanto, nuestra reparación al Corazón de Cristo en último término se dirige al Padre, que se complace en vernos unidos a Cristo cuando nos ofrecemos por él, con él y en él (DN 204).

Esta devoción, esta espiritualidad no es evasión. Es fuerza para actuar en la vida de cada día. Es consuelo que nos lanza. Leemos:

En esta contemplación del Corazón de Cristo entregado hasta el extremo somos consolados nosotros. El dolor que sentimos en el corazón abre paso a la confianza plena y finalmente lo que queda es gratitud, ternura, paz; queda su amor reinando en nuestra vida. La compunción no provoca angustia, sino que aligera el alma de las cargas, porque actúa en la herida del pecado, disponiéndonos a recibir precisamente allí la caricia del Señor. Y nuestro dolor se une al dolor de Cristo en la cruz, pues cuando decimos que la gracia nos permite saltar todas las distancias, esto significa además que Cristo, cuando sufría, se unía a todos los sufrimientos de sus discípulos a lo largo de la historia. De ese modo, si sufrimos, podemos vivir el consuelo interior de saber que el mismo Cristo sufre con nosotros. Deseando consolarle, salimos consolados.

Pero en algún momento de esta contemplación del corazón creyente, debe resonar aquel dramático reclamo del Señor: “¡Consuelen, consuelen a mi pueblo!” (Is 40,1). Y nos vienen a la memoria las palabras de

san Pablo, que nos recuerda que Dios nos consuela “para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios” (2 Co 1,4).

Esto nos invita ahora a tratar de ahondar en la dimensión comunitaria, social y misionera de toda auténtica devoción al Corazón de Cristo. Porque al mismo tiempo que el Corazón de Cristo nos lleva al Padre, nos envía a los hermanos. En los frutos de servicio, fraternidad y misión que el Corazón de Cristo produce a través de nosotros se cumple la voluntad del Padre. De este modo se cierra el círculo: “La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante” (Jn 15,8) (DN 161-163).

Esta espiritualidad del Corazón de Jesús es fuego que arde y se convierte en misión. Porque el mundo está herido, pero no perdido. Y desde este Corazón sagrado, puede volver a enamorarse del bien, de la belleza, de la verdad. Leemos en DN:

La prolongación de las llamas de amor del Corazón de Cristo ocurre también en la tarea misionera de la Iglesia, que lleva el anuncio del amor de Dios manifestado en Cristo. Lo enseñaba muy bien san Vicente de Paúl cuando invitaba a sus discípulos a pedir al Señor “ese corazón, ese corazón que nos hace ir a cualquier parte, ese corazón del Hijo de Dios, el corazón de nuestro Señor, que nos dispone a ir como él iría [...] y nos envía a nosotros como a ellos [los apóstoles], para llevar a todas partes su fuego” (DN 207).

San Pablo VI, dirigiéndose a las congregaciones que propagaban la devoción al Sagrado Corazón, recordaba que “el ardor pastoral y misionero se inflama principalmente en los sacerdotes y en los fieles, para trabajar por la gloria divina, cuando mirando el ejemplo de aquella inmensa caridad que nos mostró Cristo, consagran todo su esfuerzo a comunicar a todos los inagotables tesoros de Cristo”. A la luz del Sagrado Corazón la misión se convierte en una cuestión de amor, y el mayor riesgo en esa misión es que se digan y se hagan muchas cosas pero no se logre provocar el feliz

encuentro con ese amor de Cristo que abraza y que salva (DN 208).



¿Qué exige la misión vivida desde la perspectiva de la irradiación del amor del Corazón de Cristo? Nos lo dice el Papa:

exige misioneros enamorados, que se dejan cautivar todavía por Cristo y que inevitablemente transmiten ese amor que les ha cambiado la vida. Entonces les duele perder el tiempo discutiendo cuestiones secundarias o imponiendo verdades y normas, porque su mayor preocupación es comunicar lo que ellos viven y, sobre todo, que los demás puedan percibir la bondad y la belleza del Amado a través de sus pobres intentos. ¿No es lo que ocurre con cualquier enamorado? Vale la pena tomar como ejemplo aquellas palabras con las que Dante Alighieri, enamorado, procuraba expresar esta lógica:

“Cada vez que la elogio cual presea, amor me hace sentir con tal dulzura, que, de obrar con sutil desenvoltura, enamorara de ella a toda gente”. (DN 209).

✞ ¿Siento que el Corazón de Cristo late en mi vida, en mi comunidad, en la historia? ¿Cómo puedo ayudar a “enamorar al mundo” desde su amor?

● El centro de la historia

El Corazón de Jesús no es sólo símbolo. Es el principio unificador de la realidad. Su Pasqua es el centro de la historia. Desde ese amor redentor, toda vida, incluso la más herida, puede convertirse en historia de salvación. Así lo recuerda el Papa citando a san Juan Pablo II: “Cristo es el corazón del mundo”.

Volver a este Corazón es recuperar el rumbo. Es permitir que el amor vuelva a tener la última palabra.

No puedo resistirme a dejar constancia de un numeral sumamente importante de la encíclica. A quienes se han burlado con demasiada frecuencia de quienes vivían y expresaban esa hermosa “mística popular” en oraciones o gestos de piedad, y a todos, nos dice el Papa

ruego que nadie se burle de las expresiones de fervor creyente del santo pueblo fiel de Dios, que en su piedad popular intenta consolar a Cristo. E invito a cada uno a preguntarse si no hay más racionalidad, más verdad y más sabiduría en ciertas manifestaciones de ese amor que busca consolar al Señor que en los fríos, distantes, calculados y mínimos actos de amor de los que somos capaces aquellos que pretendemos poseer una fe más reflexiva, cultivada y madura (DN 160).

Y no solo eso. Francisco invita a los católicos a recuperar prácticas vinculadas a esta devoción tales como “la comunión eucarística los primeros viernes de cada mes”, porque “en medio de la vorágine del mundo actual y de nuestra obsesión por el tiempo libre, el consumo y la distracción, los teléfonos y las redes sociales, olvidamos alimentar nuestra vida con la fuerza de la Eucaristía”. Del mismo modo, también recomienda “realizar una hora de adoración los días jueves” (DN 84), que puede adoptar la modalidad clásica u otra que se considera más viable.

Termino esta lectura comentada de *Dilexit nos* -tal vez un poco larga, pero no he podido evitarlo-, donde Francisco nos invita a una fe más confiada, más tierna, más abierta a lo comunitario y más comprometida con lo real, pues eso es la espiritualidad sacricordiana o corazonista. Y resuena para nosotros la misma expresión con que finaliza Francisco su “testamento místico”, mirando amorosamente a Jesucristo: “Bendito sea” (DN 220).



Bendito seas, Jesús, por tu Corazón abierto.

Bendito seas, porque nos sigues amando a todos.

Bendito seas, porque quieres enamorar al mundo y cuentas con nosotros.

Bendito seas, porque confío en ti.

Lima, 27 de junio 2025

Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús